

El encauzamiento de las dificultades escolares

JUAN ANTONIO DEL VAL

Profesor de pedagogía
Seminario Diocesano de Santander

PLANTEAMIENTO DE LOS PROBLEMAS ESCOLARES

La escuela abre los horizontes del niño, vigoriza el proceso educativo, lleva al desarrollo de la personalidad nuevos impulsos o los reviste de formas nuevas, exige al niño una respuesta más personal a los estímulos, enseñando y formando completa la función familiar cerca del pequeño.

En la escuela, el niño debe vivir en un tono apacible y agradable: porque el maestro es paternal, porque le hacen interesantes para él las tareas escolares, porque la enseñanza se da sin prisas, sin precipitaciones, según el refrán pedagógico: «más vale poco y bien, que mucho y mal».

«En la escuela, el niño aprende a comportarse en la vida... Se obtendrán resultados todavía mejores si se hace que los niños vivan las materias de estudios. Pueden aprender más aritmética jugando a los tenderos, pagando a supuestos proveedores y llevando la contabilidad de una tienda ficticia durante una semana que estudiando un libro de cálculo y haciendo operaciones abstractas durante un mes» (1).

Respecto del problema del memorismo escolar, nos parece formular así la solución: El niño no debe comenzar por aprender de memoria ninguna lección. Al revés, se le debe quedar lo más espontáneamente en la memoria la lección que ha comprendido mentalmente y abrazado con interés.

Duhr J. se ha ocupado del cultivo escolar de las tendencias del niño al comentar las palabras de Pío XI, en la encíclica sobre la educación: «Es menester corregir desde la más tierna edad las inclinaciones desordenadas del niño, desarrollar y disciplinar las que son buenas» (2).

«Por falta de ejercicio, las tendencias viciosas del niño se debilitan —dice Duhr J.— y mueren en el grado en que las buenas se desarrollan y fortalecen.» Ejemplos: Que el niño quiere hacer sólo las cosas sin que se le moleste en sus experien-

cias, pues «apoderarse de ese impulso hacia la acción y dirigirlo hacia los fines útiles y nobles de la vida». El niño respetado en su espontaneidad e iniciativa adquiere así capacidad de esfuerzo y de trabajo.

Que el niño es propenso a la ira, patalea y grita con facilidad, es signo que el pequeño es emotivo y fácilmente «accesible a la compasión y a todos los móviles que hablan al corazón. Ensáyese, pues, esa palanca, estimulando al mismo tiempo su amor al Niño Jesús y a su Madre».

Que el niño es desordenado, aprovéchese su energía de carácter —si la tiene— para orientarla a las pequeñas cosas. «Si, por el contrario, disminuye su energía, hágasele ver que lo acabado en los pormenores es para él el medio de adquirir lo que le falta.» Los ejemplos anteriores darán luz para todas las demás situaciones.

COLABORACION ESCUELA-FAMILIA

La colaboración entre la escuela y las personas que se ocupan del niño puede basarse en las siguientes exigencias:

- Que los padres entrevisten al maestro para un intercambio sincero, amistoso y regular sobre los problemas que plantee el niño: sus cualidades, sus defectos, sus reacciones...
- Que los padres reciban boletines o circulares de información por parte de la escuela, concisos y oportunos, mejor con un estilo personal.
- Que los padres conozcan el reglamento de la escuela y su espíritu, para ayudar al niño a su cumplimiento.
- Que los padres ayuden en los deberes al niño, no se los hagan o suplan al pequeño. Aún esto, sea pocas veces y sin exigir o poner nervioso al niño. Los padres no suelen ser buenos instructores de sus hijos.
- Que la escuela organice algunas conferencias de interés pedagógico y coloquio para los padres.

(1) SPOCK BENJAMÍN: *Tu hijo*, Madrid - Barcelona, 1957, p. 341.

(2) DUHR JOSÉ: *El arte de las artes, educar un niño*, Madrid, 1954, pp. 87-93.

- Que la escuela consulte con regularidad la opinión del médico y se tenga una ficha lo más completa de éste con los antecedentes hereditarios, personales, constitución física actual y examen de sentidos del niño.
- Que la escuela tenga relación con el sacerdote para el cultivo pastoral del niño.
- Que la escuela tenga —a ser posible— relación con el psicólogo y éste facilite la ficha psico-pedagógica: «Cuando se note en el niño una anomalía característica y persistente, convendrá que le examine un siquiátra» (3).

Con todos los datos obtenidos, los educadores no molesten al niño tendiendo a multiplicar las advertencias e indicaciones. Recuerden el consejo de San Bernardo para el superior: «Que todo lo sepa, disimule muchas cosas y corrija pocas.»

Otras dificultades escolares nos ofrecen diversas consideraciones: Que el niño muestra zalamerías o actitudes suaves para salirse con la suya, o bien negativismo en forma de violencia, o descuido, irresponsabilidad, excitabilidad, pérdida o robo del material escolar, distracción exagerada, la escuela adleriana lo atribuirá a un complejo de inferioridad, que debe ser subsanado en primer término con un sentimiento mayor de comunidad.

Fritz Künkel lo ilumina con tres ejemplos de otras tantas maestras en una misma situación escolar, que se debe enfrentar con el mismo problema: el exceso de alumnos y las limitaciones económicas:

La señorita Hernández, tiránica y rígida, dice a los niños: «Esto no os gustará, pero tenéis que conformaros. No olvidéis que a mí no me gusta tampoco. Ahora hacedlo lo mejor posible y no quiero oír quejas.»

Añade Künkel: «Los niños resentidos, hoscos, se van al final de la clase, y a sus casas invadidos por la tristeza.»

La segunda profesora —señorita Arias—, que se encuentra con los mismos problemas, se siente «progresista» y está decidida a permitir a sus alumnos todos los privilegios de una democracia, a darle una amigable libertad que acaba luego en alboroto, en falta de concentración para el trabajo, y una mezcla de laxitud y de tensión nerviosa, en que se suman por igual la profesora y los alumnos. Presenta a éstos la organización de la clase, como una decisión de las autoridades docentes, frente a las cuales ella es tan impotente como los chicos mismos.

La tercera profesora —señorita Sanz— apela al «nosotros»: «Bien, estamos ya ante lo que temíamos —dice a los alumnos—. Nadie tiene la culpa de ello, pero es desagradable. De nosotros depende que saquemos de tal dificultad el máximo provecho («nosotros» significa ella y su clase, pero significa asimismo ella y la dirección.

Es interesante que el maestro se identifique con estos dos grupos), y prosiguió: «La escasez de local nos perjudica a todos por igual y temo que no seamos capaces de salir de este aprieto.»

Responden los alumnos: «Nosotros haremos lo que sea necesario.»

Ella les explica el nuevo plan...

Observaciones: La primera maestra trabaja en plena ruptura del «nosotros». La segunda, en un «nosotros» falso, ya que alienta el egocentrismo de los alumnos al ponerse al lado de éstos contra la dirección de la escuela. La tercera maestra engloba en su «nosotros» a todos y «estimula así vivacidad interior y adaptabilidad de cada alumno».

Creo que este estudio de Künkel arroja demasiada luz sobre la primera dificultad escolar: el negativismo del niño (4).

OTRAS DIFICULTADES ESCOLARES

Todo miedo del niño tiene su razón oculta, que debe investigarse y deshacerse. Advertimos que un miedo trivial para el adulto puede ser paralizante para el pequeño.

Ciertos miedos del niño para con la escuela deben ser comunicados por los padres al maestro, para que éste trate adecuadamente al niño, sobre todo enseñándole a convivir en el «nosotros escolar» y sentirse allí equilibradamente apreciado.

En la lectura hay niños que confunden el lado derecho y el izquierdo: ser y res, al y la, son y nos: «Entonces se le podrá ayudar a leer utilizando preferentemente el método fonético» (5).

El trabajo en equipo alivia muchas dificultades escolares: ese trabajo en común da intención, metas, etapas y acabamiento a las tareas del niño.

La ambición de los padres debe ser eliminada, pues provoca reacciones de angustia en el niño y dificultades escolares: Fritz Künkel explica a los padres un diagrama suyo sobre este tema: Arriba pinta al chico con una corona en la cabeza y la calificación de «muy bien», abajo al chico como un miserable y la calificación de «insuficiente».

Se explica entonces a los padres cómo la angustia ante la grada más baja y el anhelo por la suprema echa a perder la vida entera del niño. Trepa demasiado apresuradamente y se desploma una y otra vez.

Es mejor pintar una mesa en el medio de la escala con el niño sentado y tranquilo y la nota de «suficiente». El niño ya no tiene por objetivo el «muy bien» de arriba, sino el «suficiente».

«Suficiente —dice Künkel— es mejor que muy bien. El rendimiento medio, reposado y objetivo

(3) SPOCK B.: o. c., p. 346.

(4) KÜNDEL FRITZ: *El consejo psicológico*, Barcelona, 1952, pp. 258-262.

(5) SPOCK B.: o. c., p. 350.

es más sano que el récord obtenido con convulsivos esfuerzos. El niño respira» (6).

Seguir educando a los padres respecto a su ambición es delicado, largo y difícil. Y no olvidemos que la tendencia de muchos padres a exigir a sus hijos más de lo que realmente pueden no es sólo en la escuela, sino en la vida social y familiar.

El juego puede ofrecer dificultades para la formación. El niño debe jugar. No debe ver deporte sin hacer ese deporte a la vez: si él juega al fútbol, podrá ver fútbol. De lo contrario su actitud de pasiva expectación le fomentaría las pasiones. Por ejemplo, se identificaría peligrosamente con los ases del deporte. Sería un robo de la vida emotiva del muchacho al servicio de la pasividad. De esa cantera salen los futuros ciudadanos que empeñan ropas para ir al fútbol. En algún país se prohíbe dar vales en las escuelas a los chicos para ver determinados deportes, si es que los chicos no practican ellos mismos esos deportes.

La formación intelectual del niño debe estar armonizada si se quieren evitar las peligrosidades de la unilateralidad: el educador no debe excitar en el niño la vivencia de curiosidad intelectual en un solo sentido. Entonces tendremos más tarde al muchacho que vale para las letras y no vale para las matemáticas, o al revés. En esta especificación de facultades no todo es constitutivo o genotípico, sino efecto—en gran parte—de la disarmonía educativa.

La colaboración entre los distintos pedagogos de la edad evolutiva del educando evitaría vivencias negativas en el chico, resolvería muchos interrogantes de éste, curaría desorientaciones: se deberían guardar los dibujos, temas, trabajos espontáneos y la historia escolar del niño pequeño para leerlo todo en equipo con los profesores del chico en las siguientes fases evolutivas del mismo y establecer así un plan más personal del educando.

LA PSEUDOPEDAGOGIA RELIGIOSA

Las deformaciones de una pseudopedagogía religiosa para el niño en el primer período escolar pueden ser así:

Las sensiblerías: «Hay que evitar en los niños como algo insano todo lo que sepa a sensiblería. Igualmente algunas raras leyendas de santos o terroríficas historias de apariciones del diablo. La exageración en la educación religiosa—aquí no vale lo de cuanto más mejor—produciría desagrado, y toda coacción irracional pondría una nota de antipatía sobre la esfera religiosa» (7).

(6) KÜNDEL FRITZ: *Del Yo al nosotros*, Barcelona, 1952, pp. 186 y 187.

(7) WALLENSTEIN ANTÓN: *La educación del niño y del adolescente*, Barcelona, 1957, p. 73.

El temor sombrío, el tono rígido de los educadores, son deformaciones graves para la educación religiosa del niño, sobre todo cuanto más pequeño es éste.

Creemos, sencillamente, que no es momento de hablar al niño muy pequeño, por ejemplo, del infierno: Para infundir en el niño alguna vez el temor reverencial de Dios, basta inspirarse en la grandeza y majestad divina. Y nada más. La tónica de la formación religiosa para este niño no puede ser lo que inspire temor. Al revés, será lo atrayente, lo sabroso, lo alegre y amable, lo fascinante de nuestra religión.

Constituye una grave deformación religiosa-educacional del adulto proyectar sus categorías morales sobre las «faltas» del niño sin fijarse en el valor que esas «faltas» tienen dentro de su módulo infantil.

DIFICULTADES NACIDAS DEL MEDIO AMBIENTE INFANTIL

Gran parte de las dificultades escolares tienen por base el ambiente inmediato del niño: «Hill D. S. ha hecho—anota Bühler Carlota—a 8.813 escolares la pregunta siguiente: De todas las personas de quien hayas oído hablar, o sobre quienes has leído, o que hayas visto, ¿a quién te gustaría más ser semejante o parecido? ¿Por qué?»

De seis a once años, los niños escogen su ideal de su medio ambiente inmediato—padre, profesores, conocidos (8).

Acabamos de ver cómo el cuestionario de Hill D. S. atribuye una extrema responsabilidad al ambiente inmediato: será en él donde el niño deba encontrar un tono de sentimientos nobles, generosos, una conversación superior al nivel de los cuidados materiales y unas aspiraciones suficientes para su elevación. Es este ambiente inmediato el que debe ser conocido, modificado, compensado por el educador. Después éste se apoyará en las tendencias del pequeño para hacerle agradables y apetecibles los actos costosos en el cumplimiento de sus deberes: «Presentar la oración o el estudio como un castigo es ciertamente la peor de las torpezas.»

LA AUTORIDAD DEL MAESTRO

La autoridad del maestro debe ejercerse no con excesiva presencia o multiplicidad de órdenes o reacciones destempladas frente al escolar, sino con la fuerza que emana de su personalidad y con

(8) BÜHLER CARLOTA: *La conducta social de los niños* en el «Manual del Niño», de Murchison, Barcelona, 1950, pp. 479 y 480.

la previsión y acomodada instrucción sobre la manera de conducirse. Esta no sea abstracta, sino concreta, intuitiva y unida, al menos implícitamente, con algún sentimiento moralizador. El ejercicio de la autoridad supone respeto al niño, por ser hijo de Dios.

Lo que decimos exige armonía interior en el pedagogo si quiere éste armonizar al chico: no admitimos a un maestro viviendo en el desorden antinatural. Pedagogos de verdad pueden serlo los que viven en perfecto orden natural.

Un maestro psicópata revolverá las disposiciones latentes anormales y radicales patológicas

que tiene todo niño. A no ser que ese maestro psicópata tenga conciencia de su tara y esté compensado. ¡Qué buena la costumbre española de empezar la clase con una oración para purificarse!

Cuando nosotros nos inclinamos por una escuela abierta a todo el mundo, sin distinción de clases, exigimos en ella un profesor perfecto dentro de lo humano. Para esto nuestra sociedad tiene que dar más al pedagogo, para exigirle después. Y urge hacerlo si reparamos que la formación del niño vale más que tantos otros pseudovalores actuales.

